

Por medio de la confirmación de las resoluciones del concilio, por el establecimiento de una congregación especial que debía velar por la ejecución de sus decretos, así como por la continuación de importantes empresas, como la nueva redacción del Índice, la edición de un Catecismo, y la reforma de los principales libros litúrgicos, Pío IV, aun cuando personalmente se inclinó hacia una tendencia más mundana, demostró su comprensión de las incumbencias de la Iglesia y adquirió un mérito duradero respecto de la restauración católica. Confirmando los decretos del concilio, dió fuerza de ley a cada una de las disposiciones reformatorias; velando sobre su ejecución, hizo que se convirtiera en hecho la ley escrita, y comenzó así la renovación de la vida eclesiástica.

De esta manera se mostró la Sede Apostólica como base y amparo de la renovación de la Iglesia, aun bajo un Papa que padeció muchos personales defectos. Sin su intervención toda la reforma tridentina hubiera quedado reducida a la misma condición en que se hallaban los decretos de los anteriores períodos del concilio al volverse éste a abrir en el año 1562: todavía continuaban aguardando su ejecución, por cuanto no habían sido aún confirmados por la Santa Sede (1).

Con mayor buen suceso que su predecesor, Pío IV continuó también la transformación de la curia romana, la reforma de sus tribunales y establecimientos de enseñanza. A la verdad tuvo influencia decisiva en ello el haber estado al lado del Papa como consejero, su sobrino y secretario de Estado S. Carlos Borromeo, que junto con S. Cayetano de Tiene, S. Ignacio de Loyola y San Felipe Neri, encarnaba el espíritu de la reforma católica en su expresión más pura.

* * *

La ejecución de los decretos del concilio y la supresión de los múltiples abusos que se habían arraigado profundamente durante

(1) Los prelatos reunidos en Trento se quejan en 1562, non havendo anco quel che si decretò intorno alla riforma [en los años de 1546 y 1547] qualunque si fosse conseguito effecto alcuno (carta de los legados, de 9 de abril de 1562, publicada por Susta, Curia, II, 79). El Papa respondió que no había que maravillarse de ello, y que los Padres del Concilio sabían por sí mismos, che i concilii che non sono finiti nè approbati dai papi, non obbligano altrui ad osservargli, nè S. S^{ta} poteva sforzargli (ibidem, 111).

la época del Renacimiento, no podían ser, naturalmente, obra de un solo pontificado. Por eso fué de extraordinarias consecuencias el haber llegado a la Sede de Pedro con S. Pío V (1566-1572), el hombre a propósito para llevar al cabo el plan de reforma del concilio de Trento y para despertar una vida nueva en todas las partes de la cristiandad católica. Por medio de él, el papado se hizo director y sustentador de la reforma católica. Lleno de ardiente celo por la pureza de la fe y de las costumbres, inflexible y severo hasta el extremo cuando se trataba de los asuntos espirituales y los derechos de la Iglesia, este hijo de Sto. Domingo no conocía ni el temor ni los respetos mundanos. Sin las faltas y debilidades de Paulo IV, coincidió, sin embargo, con él en tantos puntos, que los partidarios de aquél en Roma pudieron anunciar llenos de alegría a los países extranjeros, que el Papa teatino había revivido (1). Su gozo estaba enteramente justificado. Lo propio que Paulo IV, el cual con férrea severidad había quebrantado los abusos inveterados y al parecer incorregibles, S. Pío V acometió animosamente la difícil obra reformatoria y le consagró con inmovible firmeza todas sus fuerzas y todo su santo celo.

La semejanza espiritual con Paulo IV, al cual S. Pío V miraba en muchos respectos como padre (2), no se mostró menos en la manera como cumplió su incumbencia de guardar el tesoro dogmático de la Iglesia y protegerlo contra los acometimientos de los novadores en materia de religión. Los medios para esto utilizados respondieron enteramente al carácter de una época, en la cual se emplearon la fuerza y la violencia para combatir los movimientos espirituales. La severidad de los procedimientos parecía impuesta con tanto más razón, cuanto todavía continuaba creciendo el embravecido oleaje de las novedades religiosas. En la nueva forma del protestantismo fundada por Calvino y que se extendía más y más constantemente, se presentaba un enemigo que era todavía mucho más peligroso, más consciente de sus designios y más consecuente consigo mismo que el luteranismo, el cual se envaraba y desgarraba en interiores contiendas. El calvinismo con su rígida organización, su doctrina dura, sus inci-

(1) Santori, Autobiografía, XIII, 379.

(2) V. la carta al rey de Portugal D. Sebastián, de 27 de octubre de 1567, en Laderchi, Annales eccl., 1567, n. 17.

taciones a aniquilar a sangre y fuego a los católicos (1) y su arte de proselitismo, acrecentó hasta lo sumo el prurito acometedor del protestantismo contra la antigua Iglesia; por él se formó al mismo tiempo un movimiento internacional, de suerte que Ginebra pareció una segunda Roma, Calvino, un nuevo Papa, que se correspondía con los altos y los bajos en toda Europa. En Alemania y en Escandinavia el protestantismo de forma luterana había obtenido ya una firme base. Por tanto, el calvinismo se arrojó con toda violencia sobre la Europa occidental, para aniquilar enteramente a la Iglesia católica al otro lado de los Alpes. Entonces fueron enredados en las novedades religiosas cada día más, junto con los germanos, los neolatinos y asimismo los eslavos y magiares, y fueron llevados al campo de batalla contra el papado. Simultáneamente nació en Inglaterra una tercera forma principal del protestantismo, la Iglesia episcopal del Estado. Los novadores religiosos sólo estaban concordes en la completa opresión y extirpación del culto católico, cuyo ejercicio se castigó en muchos sitios aun con la muerte, principalmente en Inglaterra, Irlanda, Escocia, Dinamarca y Suecia.

Así los católicos luchaban directamente por su propia conservación, cuando empleaban todos los medios para alejar la penetración del protestantismo, o expulsarlo de donde había ya penetrado. S. Pío V, que se opuso con todo su poder a los nuevos enemigos de la Iglesia, no vió el éxito del encarnizado combate.

Mientras en el seno de la cristiandad ardía la más violenta lucha, amenazaba del exterior el mayor peligro por parte de un tenaz enemigo del nombre cristiano: el Islam. Es un título de especial gloria para el pontificado, el que también entonces, a pesar de los mayores apuros, volviese a su tradición antigua de ser el custodio y amparo de la cristiandad y de su cultura contra el riesgo que por la parte del Oriente las amenazaba.

Aun durante la época del Renacimiento, la Santa Sede había

(1) Calvino, en sus esfuerzos por oprimir a la Iglesia católica aun en países extranjeros, exhortó repetidas veces a dar muerte con la espada a los que permaneciesen fieles a la antigua fe. Además de los pasajes citados por Paulus en su libro «Protestantismo y tolerancia en el siglo xvi» (Friburgo, 1911), pág. 250, véase también la carta dirigida a Inglaterra, en el Corp. Ref., XLI, 81, en la que se lee: todos los católicos que no querían renunciar a su superstición, merentur gladio ultore coerceri, cum non in regem tantum insurgant, sed in Deum ipsum.

mantenido la idea de las cruzadas contra las acometidas de los otomanos cada vez más amenazadoras, y en relación a sus fuerzas materiales, había hecho más para rechazar al terrible enemigo, que ninguna otra potencia de Europa (1). Desde Nicolás V hasta Paulo III los más de los Papas estuvieron en primera fila, cuando se trató de defender a la cristiandad y la civilización occidental contra el Islam. La Santa Sede fué autora y sostenedora de todas las alianzas enderezadas contra los turcos (2). Todos los esfuerzos para poner en movimiento a la cristiandad en orden a una empresa común contra los infieles, hallaron en ella un firme punto de apoyo. Aun durante la tormenta de la escisión religiosa, Paulo III llevó al cabo una liga entre el emperador y Venecia en 1538, para repeler el peligro de los turcos. Sólo cuando la república de S. Marcos, poderosa en el mar, ajustó en 1540 sus paces con la Puerta, también los Romanos Pontífices dejaron en segundo lugar la idea de la cruzada, en vista de las otras graves solicitudes de índole política y religiosa (3).

Un cuarto de siglo transcurrió ahora sin que se realizara un intento para una acción común de los Estados cristianos contra el enemigo de Levante. Pero aun en este tiempo España y los malteses hallaron valioso apoyo en la Santa Sede en su resistencia contra el avance de los turcos en el Mediterráneo. Pío IV tomó parte en la feliz empresa que rechazó de Malta el peligroso acometimiento de los otomanos en 1565. S. Pío V, a pesar de su edad, empeñó con juvenil ardor todas sus fuerzas para lograr la victoria de la cruz sobre la media luna (4). Mientras el gobierno francés mantenía sus antiguas relaciones amistosas con la Sublime Puerta, y la reina de Inglaterra Isabel entraba en negociaciones con los infieles por causa del comercio y para combatir juntamente con ellos contra la católica España, en medio de la Europa,

(1) Cf. nuestros datos del vol. I, 462-465; II, 252-295, 296 ss., 348-386, 387 ss., 422-440; III, 65-68, 92 ss., 300 ss., 324 ss.; IV, 74 ss., 159 ss., 197 ss., 204-207, 256-260, 302 ss.; V, 297 ss.; VI, 29 ss., 199 s.; VII, 203-236; IX, 124-176; X, 112-138.

(2) Juicio de Herre, Política europea en la guerra de Chipre, I, Leipzig, 1902, 30.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XI, 264.

(4) «Aunque el Papa fuese veneciano de nación, no podría hacer más», juzgaba Facchinetti, nuncio en Venecia, en su relación de 28 de octubre de 1570, publicada por Valensise, Il vescovo di Nicastro poi Papa Innocenzo IX, Nicastro, 1898, 88.

resquebrajada por rivalidades políticas y contiendas religiosas, él sólo tuvo ante los ojos el gran designio de proteger al Occidente y su civilización contra el Islam (1). Como su proceder político-eclesiástico recuerda muchas veces la época de la edad media, así no menos sus esfuerzos por la cruzada, a los que se entregó con aquel encendido celo que en otro tiempo había armado a los pueblos de Europa para la liberación del Santo Sepulcro. Por muy grandes que fueran los obstáculos, no desfalleció; asimismo fué su constante anhelo realizar el ensueño de Pío II, y finalmente le fué concedido obtener un brillante éxito. Después de haber vencido indecibles dificultades, unió elementos tan opuestos como el rey de España y la república de San Marcos para una grande y común empresa contra los turcos, y con esto se hizo el salvador de la cristiandad. La gloriosa jornada de Lepanto, que preservó el sur de Europa de la inundación del islamismo, libró el hermoso Mediterráneo de verse trocado en un mar turco, y dió principio a la decadencia de la escuadra otomana hasta entonces considerada como invencible, fué obra suya.

El júbilo con que el mundo occidental recibió la noticia de la inmensa derrota del temido enemigo de la civilización cristiana, repercutió en el papado, tan violentamente combatido y ultrajado por los novadores religiosos (2).

Aunque son tan grandes los merecimientos de San Pío V respecto al alejamiento del peligro turco—pues le aseguran para siempre un puesto de honor entre los Papas,—con todo eso, la verdadera significación de su pontificado se halla en el terreno de los asuntos interiores de la Iglesia. Importantísimos hechos, como el Catecismo Romano, la corrección del Breviario y del Misal y la Congregación del Índice, se hallan indisolublemente enlazados con su nombre. Pero ante todo resplandece él con majestuosa grandeza como reformador de la vida eclesiástica. Con razón se ha calificado de inmensa la influencia que ejerció como tal así a su alrededor como a lo lejos, en sus contemporáneos y en el desenvolvimiento de la Iglesia (3).

(1) V. E. Pears en la *Engl. Hist. Review*, 1893, n.º 31, pág. 439 s.

(2) Ejemplos de semejantes ultrajes en tiempo de S. Pío V, pueden verse en *Janssen-Pastor*, VI ⁴⁵⁻⁴⁶, 45 s. Cf. también *Katholik*, 1887, II, 59.

(3) Juzgan acordes de este modo Ranke, *Los Papas*, I, 234 y Müntz, *Hist. de l' Art pendant la Renaissance*, III, París, 1895, 242.

Lo que los espíritus mejores y más nobles habían anhelado y suplicado desde fines de la edad media: la reforma de la Iglesia en la cabeza y en los miembros, fué por él planteado con voluntad de hierro, que no retrocedió por dificultad ninguna, y con santo celo. En todas partes donde era menester, puso mano en la reforma, en Alemania como en Suiza, en Francia como en Polonia, pero ante todo en la misma Roma. Sus decretos son más numerosos y variados que los mismos de Paulo IV. Reformáronse la corte pontificia y toda la curia; la Penitenciaría fué del todo transformada, el nepotismo suprimido. El Colegio Cardenalicio, el episcopado, el clero secular, las Órdenes religiosas así de varones como de mujeres, y no menos la clase laical, experimentaron con qué energía tomaba a pechos la reforma el anciano Papa.

Quien valiéndose de las fuentes investiga el pontificado de San Pío V, llega al juicio de que este Papa fué uno de aquellos grandes espíritus, para quienes la propia persona no es nada, y eslo todo la causa a que sirven. La soberanía temporal ocupaba en él un lugar secundario respecto del cargo de supremo Jeraarca de la Iglesia. La renovación de todos los fieles en Cristo fué el único fin que pretendió; toda política mundana le fué extraña, no tenía en el corazón otra cosa sino la salud de las almas. Hacía resaltar siempre de nuevo, que se sentía responsable ante Dios de todas las almas del mundo entero, y que por eso debía poner la mira únicamente en la reducción de los que erraban, a la verdad, en la conversión de los pecadores y la renovación del clero (1).

Por semejante manera que en los grandes Papas del tiempo más brillante de la edad media, así también asimismo en S. Pío V se muestra el sublime espectáculo de que el sucesor de S. Pedro, en los sacudimientos de las exteriores tormentas, con la misma fidelidad cuida del bien eterno de los nuevos convertidos en remotos países, que de los católicos oprimidos en las más diversas regiones de Europa. Infatigablemente envía a los obispos, así del mundo antiguo como del nuevo, palabras apostólicas de exhortación y aliento, reparte consuelo a los misioneros, hasta a los de la remota Abisinia, y cuida de los moros recientemente convertidos en España, así como de las necesidades de los orientales. Su caridad pastoral abraza sin distinción a todos los pueblos de Europa:

(1) V. la carta de S. Pío V a Felipe II, de 8 de enero de 1567, en la *Corresp. dipl.*, ed. Serrano, Madrid, 1914, II, 7.

neolatinos, germanos y eslavos. Como guardia nunca fatigado, desde la altura de la sede de Pedro abarca con su mirada el universo mundo. Ninguna cosa de importancia escapa a su atención. Donde percibe una desviación de la doctrina o de la disciplina eclesiástica, interviene previniendo y castigando, aplicando en todas partes la más rigurosa medida. Animosamente combate también cualquier violación de la inmunidad eclesiástica. Estima en alto grado a Felipe II como columna de la Iglesia; pero esto no le impide el oponerse a la absorbente política eclesiástica de este monarca consciente de su autoridad. Aun con sus más fieles y mejores colaboradores en la reforma y restauración, sabe hacer valer su voluntad y su posición. Cuando la legislación de la Compañía de Jesús le parece no conformarse enteramente con la doctrina de Santo Tomás, interviene con resolución y modifica lo que habían permitido sus predecesores. El capuchino Pistoya, que por otra parte goza con él de mucho crédito, ha de sentir amargamente su atrevimiento en permitirse presentar al Papa un escrito sobre cosas que no le competen (1). Libre de toda predilección por personas o instituciones, exento de pasajeros afectos y de toda pasión desordenada, juzga de todas las cosas solamente conforme a la regla de la doctrina eclesiástica y del derecho canónico. En todas sus acciones parece por decirlo así como la encarnación del espíritu católico. Únicamente a la protección de la antigua fe consagra las rentas de la Sede Apostólica, que tantos Papas del Renacimiento habían empleado para enriquecer a sus familias o pretender fines temporales. En todo está en oposición con la época de los Róvere, Borja y Médicis, exteriormente brillante, pero poco eclesiástica. Con su vida sencilla y mortificada, este santo Pontífice parece como que expía todas las faltas que aquellos habían cometido.

Con razón S. Pedro Canisio señaló como una especial gracia de la divina Providencia el haber sido enviado en socorro de la Iglesia, en Pío V, un varón que defendió la fe con santo empeño y procuró renovar la cristiandad con encendido celo (2). Como supremo

(1) Suspendióle las licencias de decir misa y predicar, non li parendo conveniente, che questi ch' hanno cura delle cose spirituali, vogliono ancora governare le temporalì. *Avviso di Roma de 14 de junio de 1570, Urb., 1041, pág. 290^b, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. Canisii Epist., V, 197. Cf. Braunsberger, S. Pío V, Friburgo, 1912, 32.

pastor cuyos esfuerzos todos estuvieron encaminados más allá de las cosas temporales, a los bienes imperecederos de la eternidad, abrió la serie de aquellos Papas piadosos y enérgicos, dignos de toda veneración, que condujeron de victoria en victoria la reformation y restauración católica. Mucho de lo que obtuvieron sus sucesores Gregorio XIII y Sixto V, tuvo su origen en sus gloriosos hechos.